

GORDANA KUIĆ

*El florecer de los tilos en los Balcanes*



VUELVE LA SAGA DE LA FAMILIA SEFARDÍ SALOM  
QUE APASIONÓ A MILES DE LECTORES



El florecer de los tilos en los Balcanes

Una saga sefardí

Gordana Kuić

# El florecer de los tilos en los Balcanes

Una saga sefardí

Traducción de Goran G. Gallarza Čačić

COLECCIÓN  
**LITERADURA**



Primera edición: abril de 2026

Título original: *Cvat lipe na Balkanu* (1991)

© herederos de Gordana Kuić, 2026

© de la traducción: Goran G. Gallarza Čačić, 2026

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2026  
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FA

ISBN: 979-13-991613-3-5  
Dep. Legal: M-9885-2026

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta y foto de la autora: © archivos familiares

Impresión y producción gráfica: Ayregraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

## Nota del traductor

ESTA NOVELA SE ALZA como la continuación natural de *El olor de la lluvia en los Balcanes (una saga sefardí)*, la inolvidable obra de Gordana Kuić publicada por la editorial Funambulista en 2015. En ella se nos revelaba —con la delicada mezcla de memoria y ficción que solo la gran literatura consigue— la historia de las cinco hermanas Salom, una familia judía sefardí arraigada en el Sarajevo casi mítico de las cuatro religiones, a comienzos del siglo xx.

En *El florecer de los tilos en los Balcanes (una saga sefardí)*, la narración retoma el hilo de ese destino familiar tras el final de la Segunda Guerra Mundial, acompañando a las hermanas Salom en su regreso a un Belgrado devastado, donde las huellas de la ocupación nazi aún laten bajo la apariencia de un nuevo comienzo. Es en ese escenario de ruinas y reconstrucción donde la vida insiste, abriéndose paso entre los restos de lo perdido.

La acción se despliega en la Yugoslavia socialista surgida en 1945 bajo el liderazgo de Josip Broz Tito, en un tiempo atravesado

por la ambivalencia: esperanza colectiva y reconstrucción material conviven con la vigilancia ideológica, la escasez y las tensiones políticas. La ruptura con Stalin en 1948 marca un punto de inflexión que sitúa al país en una posición singular, impulsándolo hacia un modelo propio —el socialismo autogestionario— y hacia una profunda redefinición de su horizonte político y social.

Pero si la Historia avanza, lo hace sobre las vidas concretas de quienes la habitan. Tras los horrores del nazismo, la familia Salom no solo debe adaptarse a un nuevo orden, sino también aprender a convivir con las heridas que no cicatrizan: el peso de las pérdidas familiares, las ausencias irreparables y una memoria que se resiste al olvido. A estos duelos se suman nuevos desafíos: el temor persistente a la sospecha y a la denuncia, la presión de la lucha de clases, la redefinición de la identidad religiosa en un Estado oficialmente ateo y la lenta erosión de los valores tradicionales que habían sostenido su mundo.

En el centro de este proceso se sitúa la protagonista, trasunto de la propia autora, cuya mirada acompaña el paso del tiempo: de la infancia marcada por la guerra y sus ecos, a una juventud que se abre, con cautela, al descubrimiento del amor y de sí misma. Su crecimiento íntimo discurre en paralelo a las transformaciones de su entorno, entre la fragilidad de la memoria y la persistencia del deseo de vivir.

La guerra, lejos de clausurarse con la paz, continúa habitando en los silencios, en los gestos contenidos y en las sombras que acompañan a cada uno de los miembros de la familia. En este contexto de reconstrucción y contradicciones, la saga prosigue su exploración del destino íntimo de sus protagonistas, mientras la historia de Yugoslavia avanza, inexorable, hacia una nueva etapa cargada de incertidumbre y transformación.

## El florecer de los tilos en los Balcanes

### Una saga sefardí

*A mi padre, Metodije Kuić*

## Prólogo

20 DE MAYO DE 1945

ALEKSANDAR, SAŠA, POLJANSKI, el hijo de trece años del doctor en derecho y comerciante Aleksandar Poljanski y de la bella Greta Bauer, excantante de ópera y posterior actriz del Teatro Nacional de Zagreb, se fue de excursión con sus compañeros de clase, primero, al monte de Topčider y, luego, a la finca del príncipe Miloš.

Corría el año 1941 y los padres de Saša se marchaban de Zagreb, la ciudad natal del muchacho, huyendo de los ustachas,<sup>1</sup> que los perseguían por dos motivos: el primero, por su padre, Aleksandar, por ser serbio y, el segundo, por su madre, Greta, por ser judía. En Belgrado, inscribieron a Saša en el instituto en la sección para chicos, pero durante la guerra solo asistía a las clases cuando le era posible, y hacía los exámenes allí donde se reunían los profesores, que podía ser la casa parroquial de Torlak o algún lugar de Kumodraž. Para

---

1. Organización fascista croata basada en el supremacismo religioso católico que estableció un protectorado subordinado a la Alemania nazi. (*Todas las notas son del traductor*).

el pequeño Saša, comenzar la escuela propiamente dicha, con clases diarias regulares, que dieron comienzo en febrero de 1945, suponía un acontecimiento de lo más feliz. No tardaron en matricularlo en un instituto de la calle Krunsk, que más tarde pasó a llamarse avenida de las Brigadas Proletarias.

A pesar de llevar viviendo cuatro años en Belgrado, Saša aún tenía dejes del habla zagrebí, algo de lo que se reían sus compañeros de clase siempre que podían. A pesar de no haber verdadera malicia en sus mofas, Saša no podía evitar maldecir entre llantos aquella foránea pronunciación de la que aún no había conseguido liberarse.

La mañana de mayo, suave y agradable, recibió a los muchachos con un vientecillo bajo las abundantes hojas del inmenso y frondoso plátano junto a la finca de Miloš, donde se habían detenido a desayunar.

El joven Aleksandar, hecho un pincel, con la ropa planchada y limpia —como todo un señorito burgués de los tiempos de la guerra—, ya fuera por lo agradable de la época del año o por el trinar de los pájaros ocultos entre el rico follaje, aquella mañana se libró de estar en el punto de mira de los elementos más «progresistas» de la clase y, suspirando aliviado por ello, pudo comerse su pequeño bocadillo en paz. No obstante, aquello no duró, pues un compañero de clase mayor que él, cabecilla de la campaña de instigación contra él, gritó:

—¡Oíd esto! —hizo una pausa relejendo lo que acababa de leer en el periódico que tenía entre las manos y, señalando con el dedo a Saša, que se quedó inmóvil y dejó de masticar, siguió alzando la voz—: ¡Prestad atención! Escuchad lo que dice el *Politika* de hoy. Compañeros, ¡si ya os decía yo que este gorrón es un perfecto representante de la sucia comunidad capitalista, alguien pues con quien no debemos tratar! Dice así, bajo el titular: «Impulsando la industria hotelera en pro de las fuerzas de ocupación, se estipula que sobre la base de los documentos incautados a las fuerzas enemigas, entre otras pruebas, la Comisión Nacional ha llegado a las siguientes con-

clusiones: en primer lugar, que, por un lado, dichas fuerzas tuvieron acceso a la revisión y a la liquidación de numerosas empresas existentes, cuyas ganancias no les correspondían, y, por otro, fomentaron la creación de nuevas compañías, algo que solo pudo darse con su autorización expresa; en segundo lugar, durante el tiempo de la ocupación y autorizada por las fuerzas de ocupación, el 21 de enero de 1942 se fundó la sociedad anónima de la industria hotelera de Belgrado; en tercer lugar, los socios cedieron a las fuerzas de ocupación el uso de parte del hotel Moskva, por aquel entonces en Serbia, para alojar a sesenta miembros muy relevantes del alto mando militar alemán, a su paso por Belgrado; en cuarto lugar, que la empresa en cuestión le hizo saber al *Bank... fr... fer... ain* —tartamudeó—, esto..., sí, que con el fin de satisfacer las necesidades de sus clientes alemanes, el Comisionado General de Economía en Serbia puso a su disposición un vagón lleno de leche condensada...».

—¡Deja ya de darnos la lata! —le interrumpió un compañero poniéndose de pie—. ¿Pero qué tendrá eso que ver con nosotros?

—¡Calla y escucha, que te estoy desenmascarando al enemigo! —replicó el lector con tanto ímpetu que el pequeño no pudo por menos que volver a sentarse—. Bueno, abreviando —prosiguió el cabecilla, carraspeando con fuerza—, dice así: «De todo esto se concluye que esta empresa decidió, a título personal, realizar arreglos en lo que básicamente venía siendo un hotel y un bar alemanes, con el fin de agrandar y agasajar a las fuerzas de ocupación, maximizando con ello sus beneficios. En vista de todo lo que consta en el expediente, la Comisión Nacional resuelve acusar de crímenes de guerra —hizo una pausa dramática—, bajo los cargos de prestar ayuda económica al enemigo y de explotación de las esclavizadas fuerzas de trabajo por parte de los representantes de la sociedad anónima de industria hotelera de Belgrado, a las siguientes personas: Andrej Savić, el gerente, Ivan Rogoz, el vicepresidente, y entre otros socios, a Marko Korać, y...», escuchad bien, «a Aleksandar Poljanski». ¿Qué? ¿Qué

os parece? —añadió triunfante antes de proseguir—: «La Comisión considera que los mencionados acusados han de ser castigados por sus actividades».

Se hizo el silencio. Saša seguía inmóvil, aún con la boca llena, mientras sus compañeros lo contemplaban incrédulos y como asqueados.

—¡No es verdad! —logró decir finalmente.

—¿Que no es verdad, so mentiroso? —exclamó el cabecilla politizado—. ¿Insinúas que nuestra prensa miente? ¡Criminal de guerra! ¡Sanguijuela! ¡Asesino! —lo increpó primero el activista, seguido poco después por los demás.

Algunos se pusieron en pie y comenzaron a clamar:

—¡Muerte al fascista! ¡Muerte al traidor!

El que estaba más cerca de Saša gritó:

—¡Viva la clase obrera! —y acto seguido le propinó un puñetazo en la boca que le hizo soltar el bocado a medio masticar.

Aunque algo conmocionado, Saša seguía sentado erguido tapándose con las manos la boca ensangrentada.

—Mi papá no es un traidor... No lo es...

El griterío de los demás cubrió los susurros de Saša.

Entonces apareció la camarada profesora.

## I

### VACACIONES BAJO VIGILANCIA

—MAMI, MAMI, ¿AÓNDE ESTÁ PAPI? No ha *veníó* hoy, no vino *ayey*... ¡Hace mucho que no viene! —le preguntó con ojos llorosos la pequeña Vera a su madre aquella calurosa mañana de domingo, al igual que cada día del último mes—. ¿*Aónde* está? ¿*Aónde* está? —preguntaba entre sollozos al tiempo que sacudía la cabeza, haciendo oscilar los rizos claros—. ¡Quiero que venga mi papá! ¿Cuándo va a *veni*?

—*Prestu, prestu, linda mija*,<sup>2</sup> pronto, vida mía, pronto. Tranquila, que me tienes a mí. ¿Es que no me quieres? Papá está en Bor...<sup>3</sup>

—¿Qué es eso de *Boi*? —dijo con un infantil arrullo.

—Es una mina de cobre, y él está la mar de a gusto. Iré a verlo pronto y te contaré cómo me ha ido el viaje. No te preocupes, pequeña mía, él está sano y salvo, robusto y lleno de energía.

2. Las expresiones en el judeoespañol balcánico local se dejan sin nota al pie cuando son fácilmente comprensibles.

3. Ciudad al este de Serbia.

—Yo también *toy vobusta* y llena de *inigía* —replicó Vera como sin pensarlo, levantando el bracito para enseñar su músculo.

Sin embargo, no había logrado distraerla de lo que estaban tratando, de modo que prosiguió llorosa:

—¡*Yele la calta! ¡Pero yéela entera!*

—¡Voy, corazón, voy! —se apresuró Branka, tomando la primera carta que Marko les había enviado desde los campos de trabajo de Bor, llamados «Jug», que llevaba el sello de la censura militar.

—«Querida Branka, mi niñita querida y querida Riki —comenzó a leer—: Nos dejan escribir dos veces al mes, y recibir vuestras dos respuestas. Además, pronto se permitirán las visitas, aparte de poder enviarnos paquetes de hasta dos kilos (a cada paquete habrá que adjuntarle una lista con el contenido). Pero no os corra prisa. Por lo demás, aquí todo va bien. Estamos entre 500 y 600 metros de altitud, los días son calurosos, y las noches, frías (Branka, envíame un jersey cuando puedas). Esto me recuerda a Sarajevo. He ido a la revisión médica y, por lo visto, me van a asignar trabajos en el exterior en vez de en la mina. En cuanto al azúcar en sangre, solo queda un rastro, que, con la comida que me dan, acabará por desaparecer, si no desaparezco yo antes (¡tranquila, es una broma!). Pronto estaré trabajando al aire libre y dormiré como un bendito. No os preocupéis por mí. Espero con impaciencia que me contéis qué ha pasado tras mi partida. Desde luego, esto es mejor que la cárcel de Banjica, aunque, a decir verdad, la cárcel de Banjica era mejor que cuando tuvimos que huir de los bombardeos. ¿Cómo está mi corazoncito, mi queridísima hijita? —Vera comenzó a dar palmas con las manitas—. ¿Te hace caso? Ella es la niñita mejor del mundo —Branka se saltó la parte que decía: “Haz lo que puedas, pero que la niña no pase hambre”—. ¿Pregunta por mí?».

—¡*Diye* que sí!

—¡Pues claro! En cuanto lo vea, se lo digo —respondió Branka, pero guardó silencio mientras seguía leyendo la carta: «Intenta que la niña sepa lo menos posible sobre la precariedad de mi situación. Si

puedes, cuídala incluso más que antes. Lo importante es que sea feliz y tenga buena salud. De ti, sol de mis amores, no quiero ni hablar: bien sé cómo estarás, pero recuerda que me prometiste ser fuerte. Todo esto pasará y volveremos a estar juntos y a ser felices».

—¡*Sigue yeyendo!*

—Dale tres besos a mi pequeña ladronzuela —se inventó Branka—, uno en el moflete, uno en la naricita y otro en la orejita.

—¿*Y poyqué* no viene a *dayme* besitos?

—No puede porque está en un sitio del que no puede salir cuando quiere.

—¿*Y si no vueyve* nunca más?

—*Il Dio no mi de kerida! Komu puedis dizir estu?* ¡Dios no lo quiera, hija mía! No digas esas cosas. Papá volverá en unos días y... y le traerá una muñeca bonita a su niñita.

—¿*Y qué es una munieca?*

Branka se mordió el labio.

—Alemania capitula, el mundo contiene el aliento en Trieste, tiene lugar el primer desfile del Uno de Mayo en la recién liberada capital, la herida Belgrado comienza a recuperarse, se construirá la primera gigantesca Petoljetka,<sup>4</sup> pero la niña no sabe lo que es una muñeca —las interrumpió Riki, quien, hasta ese momento, había estado siguiendo la conversación en silencio—. *Ah, kerida mija hermaniquia*, ay, hermanita querida, qué pena tan grande. —Y, dirigiéndose a su sobrina—: Una muñeca, *linda mija*, es un juguete, una muchachita con la que podrás jugar y que te hará compañía cuando mamá y yo estemos ocupadas y no tengamos tiempo para hablar contigo. Tendrás tu muñeca, aunque tenga yo que poner el mundo patas arriba.

---

4. La primera Petoljetka fue una fábrica de Trstenik. Comenzó a operar el 23 de marzo de 1949 como parte del Primer Plan Quinquenal en Yugoslavia con el objetivo de acelerar la reconstrucción y la industrialización del país después de la guerra.

—¡Ay, tita, qué bien! —exclamó Vera dando brincos por la estancia.

—Riki, no le prometas cuando sabes que...

—No sé nada *i no keru saber* —respondió Riki enfadada, prosiguiendo en ladino para que Vera no las entendiera—. *Le vo azer una muneka kon un de mis vistidos viežos.*

—Pero si es el único que tienes...

—Nada, nada. Lo rellenaré de lo que sea... Aún tenemos de ese algodón... Y que la niña juegue a gusto. Y le va a gustar porque no tiene otras muñecas con las que compararla.

Vera correteaba alegremente, se detuvo al oír el timbre de la puerta.

—¡Ya abro yo! —dijo Riki. De pronto, sus alaridos de sorpresa se oyeron desde el salón—. ¡Dragu! ¡Vladet Dragutinović! ¡Quién te ha visto y quién te ve, mi más viejo y querido amigo de los lejanos tiempos de antes de la guerra! ¿Cómo te tratan estos nuevos tiempos de paz? ¡Ay, si es que estás incluso más guapo que antes!

El pasillo reverberó con los chillidos agudos de Riki, además de la voz de barítono de Dragu, la misma con la que durante tantas décadas había entusiasmado al público belgradense, amante de las artes teatrales y de la belleza de sus actores.

—¡Ay, Riki, muñequita de mis amores! ¡Te he encontrado, has regresado! ¡No te rendiste a ellos! ¡Si ya sabía yo que tú, la más pequeña de las bailarinas, lograrías zafarte de ellos! ¡Lo sabía, lo sabía!

Fue tal el revuelo del encuentro que los vecinos se asomaron para enterarse de lo que estaba pasando en casa de los Korać.

Dragu entró, al final, en el piso, deshaciéndose del abrazo de Riki, y, tras alejarse un poco de ella y mirarla con aspecto serio, dijo:

—Deja que vea bien a la joven Salom. ¡Ay!, esos ojos ardientes, esas mejillas rosadas, esa nariz como un botoncito, esos labios más voluptuosos que nunca...

—Y alguna que otra cana y bastante dolor de cadera... —precisó Riki.

—Pero... —la interrumpió Dragu— con las piernas más bonitas del mundo.

La pequeña Vera contemplaba la escena con auténtico estupor, pero, cuando el instante de confusión pasó y Dragu ya entró en el salón, al verlo, ni corta ni perezosa le sonrió y se inclinó, haciendo una pequeña reverencia, como la que su tía Riki le había enseñado.

—¡Pero qué niñita más bonita tenemos aquí! ¿Cómo te llamas tú?

—Inda —Branka y Riki se miraron, confusas—. ¿Y tú? —preguntó ella tan tranquila, muy acostumbrada a charlar con adultos, pues aparte de Adrijana, no tenía amigas de su edad.

—Yo soy el tío Dragu.

—*Dyagu.*

—¿Sin tío delante?

—Tío y tía son para la *famiya* de *veydad*... y no de *mentiyiyía*... —dijo Vera dándose la vuelta como para pedirle ayuda a su tía.

—Esa es mi teoría, hombre, a fin de cuentas, soy su tía y no una vecina —le explicó Riki.

—Uy, pero qué lista eres, y ya hablas como una niña mayor. Pero, dime, ¿cómo decías que te llamabas?

—Inda.

—¿Inda? Qué nombre más curioso...

—Significa *linda*... También soy *Veya*, aunque *Inda* me gusta más —dijo asintiendo con seriedad Vera. Luego, añadió—: Así es como *mi* llaman todos.

—¡Ah, ya caigo! —intervino Branka—. Siempre la llamo *linda mija*, linda mía, pero nadie, salvo yo, la llama así.

Desde aquel día, Vera se quedó con el mote de Inda, y se lo explicaba con satisfacción a cualquiera que se interesara.

—Pues vaya, Inda, veo que tú sabes de todo un poco... —prosiguió Dragu.

—*Tabién* hago ballet y canto —declaró con orgullo mirando a Riki.

—Anda, querida, cántanos algo.

Inda no se hizo de rogar:

—Byanca, *no seyás de Salamanca, pues billas como la luna blanca*. Byanca, *llena de fuego, espigada y adiente como un sol nuevo...*

—¡Bravo! Desde luego, esa canción le viene a tu madre Branka que ni pintada —dijo Dragu y sacó un paquetito del bolsillo, que, tras agacharse ante ella, le entregó.

—*Gacias* —dijo Inda y miró a la tía Riki.

Ella asintió como para darle permiso de abrirlo y, acto seguido, le preguntó a Dragu:

—¿De dónde has sacado el chocolate?

—Directamente de la maleta de una dama suiza que había terminado algunos menesteres en mi casa —respondió Dragu con sonrisa cómplice.

—Ya veo... —suspiró Riki inclinando la cabeza.

—¿Y *isto* qué es? —inquirió Inda, examinando cuidadosamente la oscura tableta que se le pegaba un poco en los dedos.

—Esto es chocolate. Es una cosa muy rica que les gusta a todos los niños. Pruébalo, anda... —le dijo Dragu.

Inda partió un trocito, lo examinó con suspicacia y, tras un parsimonioso examen, se lo llevó a la boca y comenzó a masticarlo. De pronto, su rostro se iluminó.

—¡Ay, qué *yiiiico*...! —farfulló relamiéndose y salió corriendo a la cocina para enseñarle a su madre lo que le habían regalado y decirle que Dragu se había convertido en su invitado favorito.

Y así fue como el don Juan del Teatro Nacional de antes de la guerra, amén de íntimo amigo de Riki, se convirtió en el grato visitante en la casa de los Korać-Salom. La visitaba con mucha frecuencia, llevando siempre consigo noticias de la ciudad, cosa que agradaba mucho a Riki, que, dada su dificultad para andar, salía

poco, pero también a Branka, que salía de casa solo para hacer la compra.

Dragu glosaba todos los temas de actualidad a su entrañable y encantadora manera. Les hablaba de su dirección de la obra *La muchacha sencilla*, del autor soviético Shkvarkin,<sup>5</sup> función que se daba en los escenarios del Teatro Regional de Belgrado, en el edificio de Vračar, e insistía en que el precio de las entradas, entre 80 y 200 dinares, hubiera debido incrementarse varias veces, pues, dado que el estreno estaba previsto para el 6 de abril, todos deberían de sentirse agradecidos de poder presenciar incluso la peor de las funciones, ya que, hacía tan solo cuatro años, todos ellos huían de las bombas. Comentaba las insólitas producciones de *La Bohème*, *Tosca* y *Hajduk*<sup>6</sup> en el Teatro Nacional, con el público más extraño posible presente, que contaba con un ejemplar de cada categoría imaginable. O, a veces, entraba jadeando de súbito en la casa y se ponía a imitar a los empresarios Luka y Mihajlo Mišić o a Milutin Krivokapić, acusados de presunta colaboración con las fuerzas de ocupación.

—Sé bien lo triste que es —solía decir—, pero, si no nos reímos de todo, acabaremos volviéndonos locos.

A Branka un día le susurró, como confesándole un secreto de Estado, que el Ministerio de Comercio y Abastecimiento pondría a la venta importantes cantidades de azúcar a 15 dinares el kilo, así como queroseno, cerillas y sal, para luego dejarle un paquete de harina de maíz, diciéndole:

—No sé lo que me pasa, pero siempre me olvido de traerte flores.

A veces incluso le daba por imitar a los delegados de la histórica reunión en Trieste de 1947, y soltaba:

---

5. Vasily Shkvarkin (1894-1967) fue un dramaturgo soviético activo sobre todo en las décadas de 1920 y 1930.

6. La ópera es *Hajduk Stanko*, compuesta por el músico serbio Petar Konjović (1883-1970).

—¡Que viva el Trieste libre dentro de la Federación Democrática de Yugoslavia!

Imitaba a un garibaldino y, acto seguido, a todo el IV Ejército de Yugoslavia. Asimismo, a cada lúgubre y triste acontecimiento, tanto dentro como fuera de la recién liberada capital, lo dotaba de un tono humorístico, cosa que alegraba no poco las duras vidas de Branka y Riki en aquellos turbulentos días; pues de entre toda la agotada, hambrienta, herida y ofendida población, parecía que solo los jóvenes podían sobrellevarlo todo con un canto sin pena.

Por lo general, la juventud tiene poco que recordar y mucho de lo que alegrarse. Dragu no era joven, pero su espíritu sí lo era.

Y mientras la Belgrado arruinada y destrozada jadeaba a orillas de sus ríos, dejando, cual moribundo, que hicieran lo que quisieran con ella, Dragu seguía con sus chanzas:

—Una cosa, otra cosa y otra cosa más, pero hay un hito más... ¡Nada menos que de la *Revista Diplomática*! ¡La reflexión de posguerra más progresista! Una nueva forma de racionar los bienes de primera necesidad. Tenemos comedores limpios y almacenes llenos en vez de los sucios restaurantes y de las tiendas capitalistas de antaño. El único problemilla es que, si bien todos podían acceder a los cafés y a las tiendas, los comedores y los almacenes están reservados solo para unos pocos mandamases privilegiados.

Un día, poco antes de ponerse a entonar canciones partisanas, las mismas que recorrían las calles mientras las brigadas de jóvenes las desescombraban, dijo:

—La ciudad parece una tarta de cumpleaños sobre la que se ha paseado un gato glotón.

Sin embargo, cuando más vigoroso se volvía su canto era al imitar a los que trabajaban en la reconstrucción de la estación de tren, dada la urgencia de acabar la obra para mejorar el tráfico. Allí era donde más gente había trabajando.

Pero de lo que más disfrutaba era de las estampas que reflejaban el choque entre lo nuevo y lo viejo. Valiéndose de su talento interpretativo, imitaba a una seria dama belgradense que, sacando a pasear a su perrito por la ciudad entre ruinas, acababa cubierta de yeso caído de alguna fachada.

—¡Ay! ¡Debería daros vergüenza! —gritaba Dragu, llevando su voz tanto como podía hacia los agudos. Y, sacudiéndose el invisible yeso de un imaginario sombrero, añadía—: ¡Disculpa, camarada! —y fingía estar sobre un andamio, y después, engolando la voz, se pasaba con facilidad al acento montenegrino y exclamaba—: ¡Fuera, fuera de aquí, señorona! ¿No ve que aquí se trabaja a destajo? ¡No dejaremos hasta haberlo reconstruido todo!

Inda disfrutaba de lo lindo con la interpretación. A menudo inventaba historias solo para ella, guiñándole el ojo a Riki, dando a entender que la historieta no era real, pese a que, en los tiempos que corrían, hasta el más inverosímil de los acontecimientos podía llegar a serlo.

A veces, las historias reales adquirían tintes tan inverosímiles como tragicómicos, como el caso de una anciana que encendió velas por toda la calle, delante del Teatro Nacional, en el lugar en el que unos soldados rusos habían caído liberando la ciudad. Cuando la policía le preguntó qué estaba haciendo, ella se limitó a contestar: «¡Por las almas muertas...!», y se santiguó después.

Durante el mediodía de aquel domingo, mientras el asfixiante calor veraniego reblandecía el asfalto de las calles de Belgrado, gracias a la llegada del amigo de Riki, Branka logró por fin distraer los pensamientos de su hija sobre la ausencia de su padre.

Se reunían por la tarde, cuando el tiempo mejoraba. Les parecía natural que aquellos que habían sobrevivido a la guerra, en especial los del mundillo teatral, se reunieran en casa de Riki, pues, a fin de